# SAN FRANCISCO SOLANO

# SAN FRANCISCO SOLANO

Profesora Libuse Amalia Huspaur

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

## Adolescencia y juventud

San Francisco Solano nació en Montilla, pequeña ciudad andaluza de la provincia de Córdoba (España).

No se conoce la fecha exacta de su nacimiento, pero sí la de su bautismo, pues antiguamente las parroquias desempeñaban también la función de «registro civil», por lo tanto éste fue asentado el día 10 de marzo de 1549.

Su niñez transcurrió como la de cualquier niño normal, destacándose por su inteligencia preclara y la facilidad de captación de los temas escolares que se trataban.

Hijo de hidalgos de buena cepa, hereda con la fe las virtudes más genuínas, y sobre todas, una virilidad inquebrantable de carácter y una sensibilidad exquisita.

Una aureola de prestigio le circunda apenas pone el pie en el colegio montillano de la Compañía de Jesús. Estudia con avidez y provecho Filosofía y Humanidades.

Con los brotes de las primeras pasiones siente en su alma las dulces emociones de la gracia divina. Una rara inclinación guía con frecuencia sus pasos hacia la Huerta del Adalid, donde está enclavado el convento de San Lorenzo.

A los veinte años pide el hábito de franciscano, donde es admitido como novicio y donde se esforzó en conquistar la dulzura de San Francisco junto con la rigurosa austeridad de San Pedro de Alcántara.

Es el vivo retrato del Serafín de Asís: dulce, austero, extático.

Como estudiante es tenaz, inteligente, empeñoso e incansable.

Se ordena sacerdote y canta su primera misa en Loreto en 1575.

Pronto se revela como una gran predicador al estilo de San Bernardino de Siena: espontáneo, vehemente, compasivo, lleno de caridad y rico de la doctrina evangélica.

## Quiero ser misionero

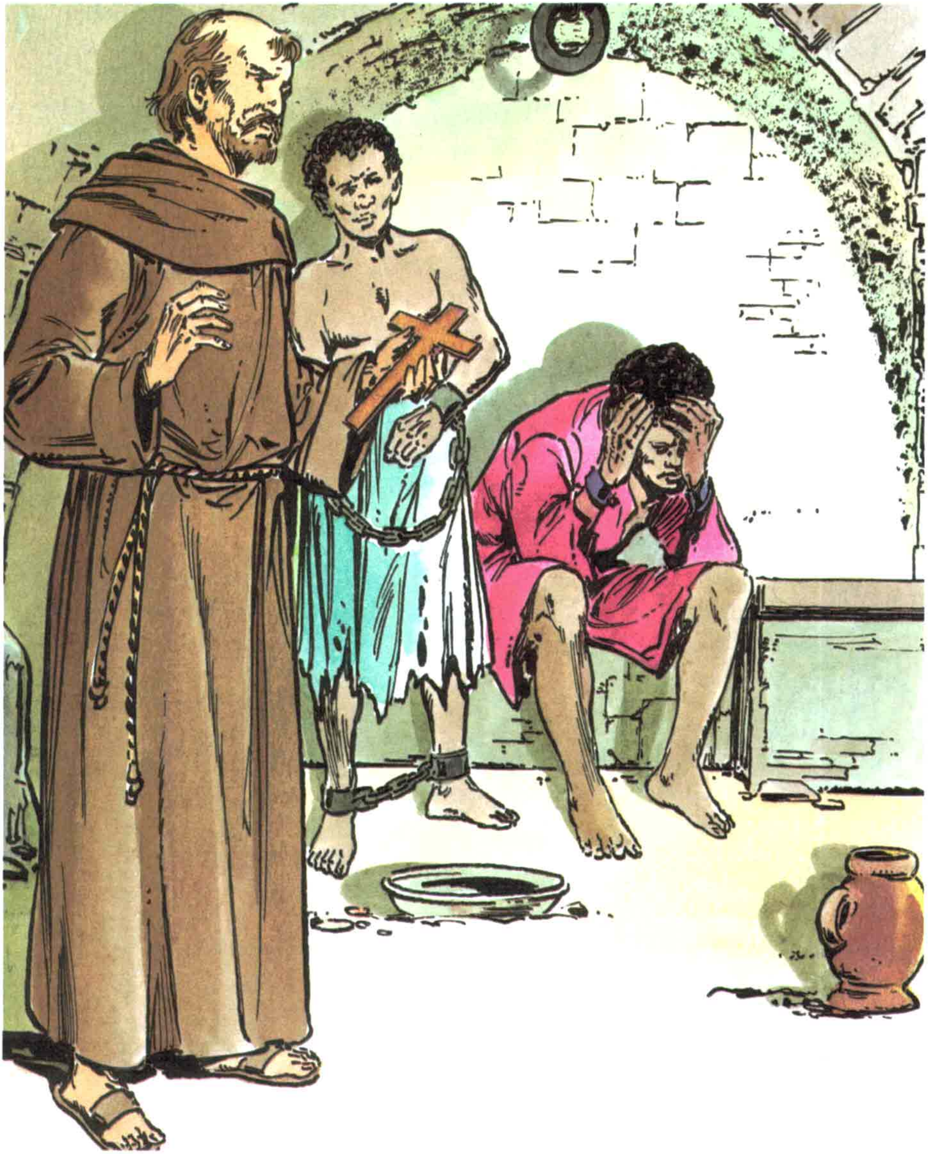
Comenzó a desempeñarse como maestro de novicios; pero su deseo era ser misionero en las ignotas tierras americanas.

Antes de pasar a América, Fray Francisco estrena sus armas en España. Andalucía es el teatro de esta primera acción evangélica. Emulo del Maestro de Avila, su voz enciende llamaradas de fe en pueblos y ciudades durante catorce años. Va de Montilla a Córdoba, a Sevilla, a Granada, arrastrando las multitudes y encendiendo llamaradas de fe.

Hace obras portentosas. Por dondequiera que pasa se le llama el fraile santo. La fama le sigue y le persigue a todas partes. Se esfuerza en ocultar su santidad pero no puede, el perfume le traiciona. Los cargos de mayor responsabilidad llueven sobre él: Maestro de Novicios, Guardián, Custodio, Visitador, etc., etc. Aquella popularidad le duele y le acongoja; casi llega a derramar lágrimas porque ha perdido aquella quietud que gozaba cuando era un simple novicio. Por eso quiere huir donde nadie le conozca, incluso quisiera ser odiado y despreciado y sufrir las mayores humillaciones por amor a Cristo.

San Francisco Solano piensa en Africa, tantas veces regada con sangre de mártires franciscanos; pero la obediencia le obliga a desistir de sus sueños africanos. Vuelve luego sus ojos hacia las tierras vírgenes de América, pero de pronto no consigue ver realizados sus deseos. Fue el rey Felipe II quien hizo posible que San Francisco pudiera realizar sus ansias de misionero, al solicitar a los franciscanos nuevos apóstoles para América.

A fines de febrero de 1589 sale de Sevilla una flota al mando de don García Hurtado de Mendoza. Místico y aventurero, allá va el hijo de los hidalgos de Montilla sin más provisiones que su pobreza seráfica y sus elocuentes palabras de misionero, a sembrar de milagros los vastos horizontes del Nuevo Mundo.



## Viaje difícil

Durante el viaje del barco rumbo a América, San Francisco Solano con frecuencia se apartaba hacia un ángulo de la nave pensativo y dando gracias a Dios derramaba lágrimas de alegría pensando que Dios le había aceptado como ministro y misionero del Santo Evangelio. Ya durante la travesía había empezado a catequizar a un centenar de negros que iban en su mismo bajel.

Habiendo llegado a Panamá se entregó a todas las obras del apostolado y de la caridad. Se le veía en los hospitales, en las haciendas donde trabajaban los indios, y en las cárceles donde sufrían los presos. Por las noches se pasaba largas horas en la oración y luego descansaba un rato en un rincón de la iglesia. Su descanso era brevísimo, pues la mayor parte del tiempo se lo pasaba en rezar, en leer y en aprender las lenguas de las gentes que iba a evangelizar.

Pronto apareció en las costas del Pacífico la armada que venía en busca de los expedicionarios. Nuevamente embarca Francisco con los negros rumbo al Sur. Estaban en las siniestras aguas donde Pizarro había sufrido la furia de las tormentas y los vendavales. Al llegar a la isla de Gorgoña un viento huracanado envolvió a los bergantines dispersándolos en todas direcciones. Combatido por las olas el bajel en que viajaba San Francisco danzaba sobre la espuma hirviente sin que los navegantes supiesen con certidumbre dónde se encontraban. Al fin encallaron en un banco de arena. Se organiza el salvamento. Las barcas de repuesto solamente pueden llevar una parte de la tripulación. Van ocupando sus sitios los leguleyos, los marinos, los soldados, los frailes. Francisco Solano va a saltar también a una chalupa; pero advierte que detrás de él los negros y los trabajadores que iban a América a ganarse el pan. Lloran desesperados al ver que los dejan abandonados. Francisco se dirige al capitán preguntando: «¿Y és-

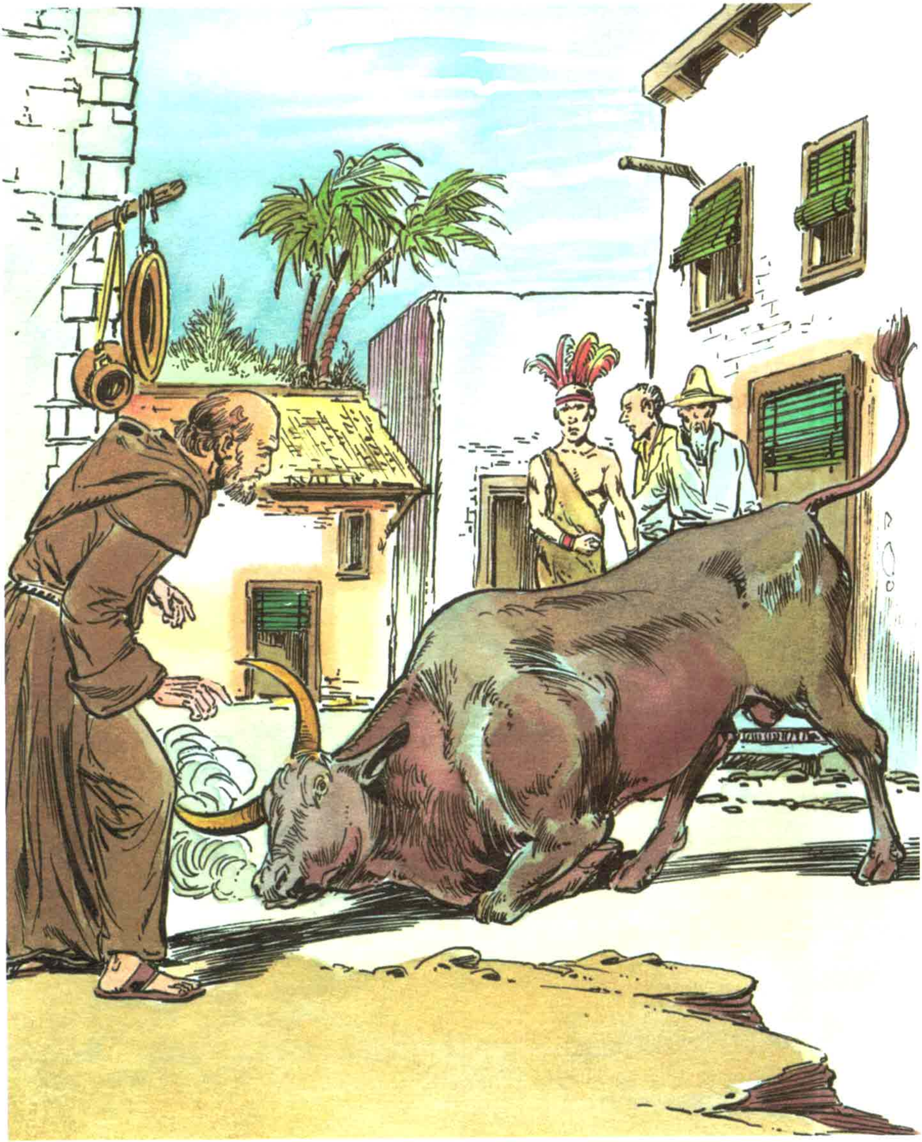
tos?» Y oye la fría respuesta: «No hay sitio para ellos». Entonces exclama en un arranque heroico: «No permita Dios que yo abandone a mis hermanos en esta hora terrible. Marchad vosotros si queréis». Y mientras las chalupas se alejaban él, empuñando su crucifijo, recorría el barco desvencijado devolviendo la esperanza a aquellas pobres gentes que lloraban desesperadas.

Al segundo día un golpe de mar se llevó la mitad de la nave, y con ella un grupo de los nuevos neófitos. Los que quedaron se reunieron en torno al misionero dispuestos a morir con él. Francisco desde lo alto de la popa los alentaba, enseñándolos a mirar serenamente la muerte.

Como no llegaban los refuerzos, la gente fue presa del pesimismo. La Noche Buena de 1589 la pasaron todos llorosos y sin consuelo. Pero el Padre Solano los animaba y consolaba prometiéndoles que en pocos días llegarían los refuerzoss. No se cansa de insistir que confíen en Dios y aprovecha la ocasión para catequizarlos y adoctrinarlos en la doctrina salvadora de Jesucristo. Conscientes los negros de la heroica caridad del Santo, que sin tener en cuenta los graves peeligros que atraviesan sólo piensa en la salvación de sus almas, se postran a sus pies y le piden con lágrimas que los bautice. Con gran consuelo de su alma, bautiza el Padre Solano aquel centenar de africanos, que forman las primicias de su ubérrima cosecha misionera.

Poco después, un bajel de socorro –el bajel de la Providencia profetizado por el Santo– pone a salvo a los náufragos.

Continuaron el viaje hacia el Perú, y en Villa de Santa María de la Parrilla les ofreció hospedaje Hernando de Valera, corregidor de la Villa. Y cuando nuestro Santo se repuso un poco, continuó viaje a Lima.



## Apóstol incansable

Nuestro misionero, después de predicar en Lima, se encaminó hacia el Cuzco, La Paz y Potosí. Por todos los lugares donde predicaba daba muestras de su santidad de espíritu.

Pasó a Tucumán y finalmente a Santiago del Estero.

Santiago Apóstol fue la primera ciudad de la República Argentina, ya que, por entonces los límites se extendían hasta Lima.

Allí todos observaban sus señales de predestinación.

La capital Santiago, abarcaba la gobernación de Córdoba de la Nueva Andalucía, San Miguel de Tucumán, Nuestra Señora de Talavera de Esteco y Salta.

Siendo nuestro fraile doctrinero de Sacotronio en Salta, fundó el gobernador Ramírez la ciudad de «Todos los Santos» en la Nueva Rioja, donde dos años después Padre Solano había de dejar recuerdos de grandes prodigios.

En quince días aprendió a hablar el difícil idioma de los indios nativos, la lengua «tonocote», y así predicaba a la población indígena.

Fray Francisco visitaba a los bárbaros indígenas vestidos de plumas, les predicaba y los bautizaba convirtiéndolos a la fe de Jesucristo Nuestro Redentor.

La sola firma del Santo Solano, estampada en los billetes, obraba curaciones al aplicarla a los enfermos.

Un día que un toro bravo andaba furioso teniendo a todos aterrorizados, llegando ante el Santo se postra humildemente de rodillas y le lame las manos como en otros tiempos el lobo feroz lo hiciera a los pies de San Francisco de Asís.

Estos hechos llenaban de asombro y estupor a los franciscanos que le acompañaban. Llegó incluso a decirse que «huyó de su patria asustado de sí mismo por los milagros que hacía».

## Sucesos prodigiosos

Cuando San Francisco Solano atravesaba los campos las aves del cielo le rodeaban en gran multitud y no se iban hasta que el santo les daba la bendición.

En otra ocasión disipó una nube de langostas que amenazaban con devorar los trigales. Y otra vez espantó una nube de mosquitos que no les dejaban dormir y así pudieron dormir tranquilos.

Otro día en que durante un viaje no encontraban agua para beber y algunos muy enfadados empezaban a protestar, él la hizo brotar milagrosamente de debajo de una roca.

El día de Jueves Santo de 1593, vinieron a verle en la Nueva Rioja cuarenta y cinco caciques infieles con sus gentes, y a pesar de que entre ellos hablaban distintos idiomas, todos entendieron el sermón que les predicó San Francisco y gran número de ellos se convirtieron y le pidieron que los bautizase.

Otro suceso que tuvo gran repercusión en la Rioja fue el agua que brotó en un río seco al escarbar en su lecho San Francisco con el bastón. Hasta hoy se sigue llamando «La Fuente del Padre Solano».

Las dos grandes virtudes de todos los santos son sin duda la humildad y la caridad. Sin embargo, estas dos gandes virtudes muchas veces le ponían en conflicto. Al ver los males del prójimo y no poder remediarlos, se veía forzado a pedir a Dios los milagros, y luego cuando éstos sucedían, sufría enormemente su humildad, porque todos le honraban como santo.

Por eso, cuando su fama de santidad empezaba a propagarse, y las gentes empezaban a venerarle, él huía a otra parte y se introducía en los poblados indios, deseando ser despreciado por amor de Dios, incluso, deseando sufrir el martirio.

## Maestro y defensor de los más débiles

Su noble sentimiento se veía herido y sufría mucho ante las injusticias o matanzas que en algunas partes se cometían con los indios, y derramaba abundantes lágrimas de dolor, Y porque en los conflictos defendía los intererses de los indígenas, muchas veces era calumniado y perseguido.

Su poder de persuasión ante conflictos vecinales era admirable.

En 1594 Solano abandonó Tucumán radicándose en Lima. Tenía a la sazón 14 años San Martín de Porres y 8 Santa Rosa de Lima.

Este será el escenario de sus fervorosas actividades en los últimos lustros de su vida: en Lima en Trujillo, en Cuzco, en Catamarca, predica a los indios el Catecismo y a los españoles la penitencia. Su palabra de fuego tiene acentos, proféticos que levanta coros de llanto y derriba a los pecadores empedernidos.

En Trujillo, estando predicando, se interrumpe súbitamente y prorrumpe en amargos sollozos. Dios le ha hecho ver cómo un terrible terremoto destruirá la ciudad unos años después de su muerte.

Otra vez en Lima, habla de ruinas, de castigos, de venganzas del cielo. La población tiembla, los pecadores piden confesión y se forman procesiones de penitentes que recorren las calles pidiendo perdón y castigando sus cuerpos con disciplinas flagelantes.

Algunos se irritan contra aquel intempestivo alborotador, y Francisco tiene que comparecer ante el virrey y el arzobispo. El virrey es el conde de Monterrey, y el arzobispo es Santo Toribio de Mogrobejo; los dos bastantes inteligentes para comprender los arrebatos apostólicos del fraile franciscano.

Su palabra es elocuente, dura, audaz, amenazadora. A veces empezaba a predicar en una plaza ante solamente cuatro personas, y al rato se le había juntado tanto auditorio que apenas cabían en la plaza.

**Apóstol de alma contemplativa**

Este hombre de acción, viajero infatigable y trabajador ardiente de la viña de Cristo, tenía un alma inflamada en las llamas del amor divino. Su delirio místico emulaba con frecuencia al seráfico padre San Francisco de Asís. Una palabra, una flor, uno de los bellos paisajes americanos, bastaba para arrebatarle en dulce éxtasis y sumirlo en la más alta contemplación.

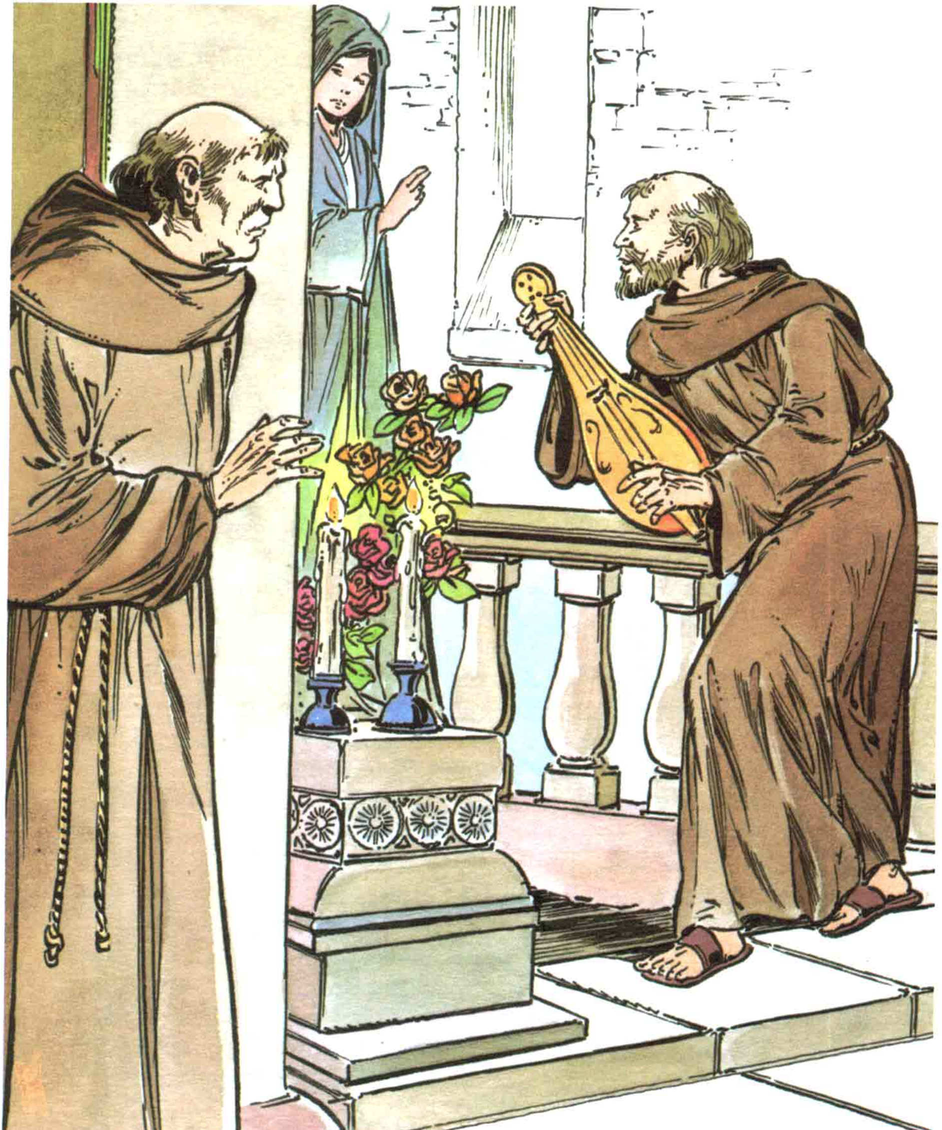
Muchas veces en los sermones se detenía de repente y permanecía inmóvil, extático, con la boca abierta y el rostro inundado de un divino resplandor. Entonces cuanto le rodeaba desaparecía para él.

Un día, habiendo preguntado a un enfermo cómo se encontraba, le contestó: «Ya estoy bien, gracias a Dios». Estas paalabras fueron suficientes para arrebatarle en un delirio de amor, y cogiendo unos bastones, como un ebrio comenzó a danzar y a cantar un himno improvisado en alabanza a Dios.

A veces se le veía corriendo a través del convento o atravesando las calles de la ciudad agitando una campanilla y cantando: «¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios! ¡Bendito sea Dios!».

Estando en Tucumán, un día de Corpus se sintió arrebatado durante la procesión con una violencia amorosa tan fuerte, que no pudiendo resistir se puso a cantar y a bailar delante del Santísimo, como si estuviera fuera de sí.

El amor le hacía músico y poeta. Sabía una multitud de cantares litúrgicos y populares que cantaba en honor de María con el acompañamiento de su vihuela. Este instrumento que le había servido para disipar el recelo de los indios, llegó a ser su compañero inseparable. Lo tocaba para aliviar a los enfermos, para ahuyentar la tristeza de los afligidos y para despertar en todos el fervor del amor de Dios. Durante las noches se pasaba horas y horas delante del altar de la Virgen Nuestra Señora, rezando, cantando y tocando. Cuando le preguntaban donde iba, contestaba: «Mi bella dama me espera y tengo que ir a rondarla».



## El rabel de San Francisco

El rabel de San Francisco aparece con frecuencia en los procesos de beatificación. La tradición lo convirtió en violín e hizo del Santo un artista. Realmente San Francisco era un artista, pero artista a lo divino. Según confesaron los testigos, su violín no era otra cosa que un arco con dos cuerdas de alambre que, humanamente hablando no era apto para la música; no obstante, en las manos del Santo, los que lo oían se suspendían y admiraban.

Cuentan los testigos que tales cosas tocaba el Santo con su rústico instrumento que los oyentes se emocionaban y edificaban, y tanto era lo que lo apreciaba, que parecía no poder pasar sin él; pues, incluso con él oraba y se pasaba las horas haciendo música a Nuestro Señor ante el altar del Santísimo Sacramento, o ante la dama de sus amores, la Virgen Nuestra Señora.

Algunos frailes traviesos lo espiaban por las noches, y le veían que mientras los demás dormían, él se iba a la Iglesia, y si le preguntaban dónde iba, les decía con sigilo: «Vete a dormir que es tarde, que yo tengo que ir a dar música a una dama muy hermosa que me está esperando». Y así diciendo le mostraba el clásico rebel que entre las manos acariciaba.

El testigo, haciendo como que se iba a dormir, sigilosamente seguía al Santo y, poniéndose a escuchar tras de la puerta de la sacristía, veía como San Francisco iba en primer lugar a tocar y cantar ante el Santísimo Sacramento, y luego iba al altar de Nuestra Señora, de quien era muy devoto. Aquí no solamente tocaba y cantaba, sino que, con gran regocijo de su alma, se deshacía festejándola dando vueltas y saltos con gran regocijo y contento.

Después de haber dado música y cantádoles, se ponía en oración hincado de rodillas. Esto lo vio Fray Jerónimo, que le gustaba espiar al Santo muchas veces antes de irse a dormir, certificando que muchas veces persistía en su oración toda la noche.

**Loco y enamorado de Cristo**

No faltaban quienes le llamaban loco, extravagante e hipócrita. Estos eran los que le daban mayores alegrías.

En cierta ocasión, un religioso llamó a la puerta de su celda para darle una fuerte reprensión: «Eres un soberbio –le dijo–; estás engañando a todo el mundo, a los de dentro y a los de fuera; pero no creas que todos vamos a ser tan infelices como esos indios que te creen un santo». Al oír estas palabras, Francisco se postró en tierra, radiante de alegría, y dando gracias a su censor, le pidió humildemente que lo perdonase y rezase por él a Dios para que le perdonara sus grandes pecados.

Habiéndole hecho Padre Superior del convento, muchas veces se postraba ante los demás religiosos pidiéndoles con lágrimas que le perdonasen sus defectos y que rezasen por él a Dios.

Según él, todos los demás religiosos eran buenos y santos; solamente él era un grandísimo pecador.

Cuando viajaba por los caminos iba absorto pensando en Dios con un candor celestial que atraía a los hombres y hasta los animales. A veces los pajarillos le seguían chirriando alborozados; se le posaban en los hombros y se peleaban por encontrar en su cabeza un sitio donde posarse.

Así fue también de serena y pacífica su muerte. En medio de los más acerbos dolores, decía mirando el crucifijo: «¿Cómo es esto, dulce Jesús mío? ¡Tú crucificado, y yo regalado por tus siervos; Tú desnudo y yo cubierto; Tú abofeteado y coronado de espinas, y yo inundado de consuelos y de alegrias; Tú mueres colgado de una cruz, y yo aún no estoy contento acostado en una cama!».

Su último día fue un éxtasis continuo, y al ver que le llegaba la hora de partir de este mundo, clamaba fuera de sí: «¡Qué alegría por lo que me han dicho: iremos a la casa del Señor!».

## Muerte del Santo

En el momento de su muerte los religiosos le rodean; saben que muere un santo y quieren despedirse y encomendarse a él. Uno le dice: «Padre Francisco, acuérdate de mí cuando llegues al reino». Y él le contesta: «¡Oh sí, voy al reino; pero no por mis méritos, pues soy el mayor pecador del mundo, sino por los méritos de Jesucristo. Desde allá arriba seré un buen amigo para ti!».

En aquel momento se oye por la ventana de su celda un murmullo de píos y aleteos. Son las avecillas que vienen a despedirse de su amigo. Francisco las mira y sonríe y las bendice con su plegaria favorita: «¡Alabado sea Dios!». Y así, alabando a Dios y sonriendo entrega el espíritu en las manos de su Creador. Las avecillas levantan el vuelo y cantando se van por los aires. Así el alma de Francisco entre un coro de ángeles vuela alegre y radiante al cielo, donde su Amado le espera para entregarle la corona de gloria que le tiene preparada (2 Tm.4,8). Era el 14 de Julio de 1610 a las once menos cuarto de la mañana.

El duelo fue general en la ciudad de Lima. Los indios acudieron de todos los ranchos cercanos a despedirse de su padre y bienhechor. Miles y miles acudieron de todas partes a besar su rostro. El virrey y el arzobispo, los prelados y los magnates se disputaban el honor de llevar sobre sus hombros el féretro en que iban los restos, y mientras unos cantaban himnos de triunfo, otros sollozaban y decían: «Se ha muerto el maestro; hemos perdido al padre».

Desde que en 1726 Benedicto XIII lo canonizó, el norte argentino y todo el Perú es un altar al gran «Pregonero de Cristo».

Ahora, al cumplirse el quinto centenario de la evangelización de América, ¿cómo piensan los cristianos de aquellas tierras y qué opinión tienen ellos de los padres de su fe? –«Si los franciscanos que acompañaron a los pobladores de estas tierras, pudieran ver hoy el fruto de lo que sembraron, seguro que se sentirían muy felices de comprobar que sus esfuerzos no fueron en vano».

## En las Termas de Río Hondo

Cuando los turistas visitan las Termas de Río Hondo en la provincia de Santiago del Estero, los niños corren a su encuentro exclamando alborozados: ¡Los turistas! ¡Los turistas! y en seguida les ofrecen contar la vida del Santo a cambio de alguna moneda.

Los turistas se acercan y escuchan llenos de curiosidad la narración que entre varios le repiten a coro. Son niños de seis a nueve años, vestidos miserablemente y medio semidesnudos que, alegres y contentos repiten una y otra vez la misma cantinela:

«San Francisco pasaba por aquí cuando se encontró con una señora que llevaba un cántaro de agua y él le pidió de beber. La señora le dijo que no tenía y que tenía que ir a buscarla al Río Dulce que se ve a lo lejos. Entonces San Francisco clavó en tierra su bastón y al momento comenzó a manar el agua milagrosa. Tome Vd. tres sorbos y pida tres gracias y verá como San Francisco se las concede».

Los turistas sonríen al ver el candor y la inocencia de aquellos niños y con gusto les dan algunas monedas. Y todos beben del chorro que mana de la roca.

Algunos preguntan al sacerdote que les acompaña: «Padre, ¿es verdad que el agua de San Francisco es milagrosa?». Y él les contesta: «Sí, si se toma con fe. Recordad las palabras de Jesús: *Vete en paz, tu fe te ha curado.*

## Oración a San Francisco Solano

¡Oh San Francisco Solano! Intercede por nosotros ante la Divina Providencia para que podamos conseguir las grcias que humildemente te pedimos. Que Dios Nuestro Señor escuche nuestras oraciones en tu honor y gloria. Amén.

ISBN: 84-7656-138-5